

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Juan Samaniego

1. EL ÁMBITO DE LA REFLEXIÓN

Para nadie es desconocido que la educación en nuestro país acusa graves problemas de calidad.

Múltiples propuestas apuntan a nuevos diseños curriculares, alternativas de capacitación docente y elaboración de recursos didácticos.

En este contexto, no cabe duda que las nuevas orientaciones que vaya tomando nuestro sistema, dependerán del rol que adopte el profesor en el aula. Y es que el espacio donde cualquier propuesta educativa toma cuerpo y se concreta es justamente el aula.

Ahora bien, en dicho espacio intervienen dos actores: el profesor y el alumno. El primero es responsable de proponer un método de trabajo que tiene -o debería tener- relación estrecha con los objetivos de una materia determinada.

Lo metodológico tiene que ver, no solo con las propuestas oficiales de planes y programas sino, y en gran medida, con la concepción y valoración de la realidad que tiene el docente. Los contenidos, por ejemplo, pueden ser objeto de memorización intrascendente o medios para alcanzar destrezas y valores. Lo más reiterado, es fácil adivinar, es justamente lo primero: el contenido como fin último (interesa "aprender" mecánicamente fechas, nombres de personajes, biografías).

Entender lo metodológico como proceso, como "medio para", nos lleva a principalizar otros tipos de objetivos e intereses. (No bastará constatar la repetición de fechas y lugares sino promover valores y desarrollar destrezas cognitivas).

Lo dicho -que evidentemente aparece en forma por demás sumaria- constituye el fundamento de las siguientes reflexiones y recomendaciones prácticas para la enseñanza de las Ciencias Sociales a nivel de ciclo básico.

Hemos delimitado el contexto del análisis por cuanto las propuestas que a continuación se plantean, si bien pueden ser ilustrativas para cualquier nivel escolar, hay particularidades que devienen de la edad del educando de ciclo básico: no es lo mismo trabajar con niños que con adolescentes.

2. ¿QUÉ ENSEÑAR?

Reiteremos un asunto: la enseñanza de las Ciencias Sociales está ligada a la condición del docente, a su manera de entender el mundo y las relaciones que se establecen en éste. No basta con cambiar planes y programas ni capacitar en generalidades a los maestros.

Eso de "introducir en el sistema educativo nuevas propuestas que potencien una actitud más participativa del alumno" aparece como teórico si no partimos de la realidad concreta del quehacer educativo: el aula como espacio; mapas, uno que otro libro y el pizarrón, los recursos; y un número entre 30 y 50 alumnos, en la gran mayoría de casos.

Esta es la realidad, ni más ni menos. Las propuestas de mejoramiento de la calidad educativa, por consiguiente, deben partir de la misma.

¿Cómo trabajar las Ciencias Sociales en dicho contexto?, constituye, por tanto, la pregunta central.

Veamos, complementariamente, otros elementos que configuran dicho contexto:

Los estudiantes de ciclo básico -y con seguridad los de todo el sistema- sienten apatía por la Historia. Y no es para menos si la misma se la presenta como "una colección de historias, de biografías y anécdotas. Los personajes y sus hechos transcurren en una cadena lineal de tiempo, sin relaciones entre ellos y sin contexto. Todo huele a antiguo y, de tan antiguo, casi a inimaginable"¹ Los datos y las fechas, que deben ser memorizados, cobran mayor importancia que los hechos como tales.

La concepción misma de Historia atenta contra la motivación del estudiante. Se la estudia "en su más estricto sentido cronológico: de atrás para adelante (¿quién dice que ésta es la única manera de estudiarla?), sin que se vean por ningún lado las conexiones explícitas entre ese pasado y este presente. Pero, además, se dedica tanto tiempo y energía al atrás que jamás queda tiempo suficiente para llegar al adelante, es decir, al ahora. La Historia se aprende pues, en función de sí misma, de su ser pasado, no en su capacidad de explicar el presente y planificar el futuro"².

1. Rosa María Torres, *Aula Adentro*, FRONESIS-UNICEF, 1992, p.74

2. *Ibid.*

En este marco, vale señalar que la enseñanza de las Ciencias Sociales debe encaminarse al desarrollo del pensamiento (enseñar a pensar), para lo cual es necesario promover destrezas cognoscitivas (memoria lógica, temporización, ubicación espacial, reflexión, abstracción) y hábitos e interés por la investigación.

3. ¿CÓMO HACERLO?: EL TRABAJO EN EL AULA

El problema del método se relaciona con la psicología del aprendizaje. Un adolescente de 13 o 14 años no es capaz de niveles altos de abstracción y concentración "pasiva". La exposición del docente, las actividades grupales o individuales en clase y la investigación extracurricular deben, por tanto, ser utilizadas continuamente, por igual, sin privilegiar a ninguna de ellas.

Si el interés radica en la promoción del pensamiento lógico y crítico, necesariamente el alumno debe ser un actor protagónico en el aula. Los métodos que se utilicen, por tanto, deben tender a la activa participación del alumno. Esto último entendido como promoción de espacios didácticos donde el alumno descubre hechos y como tales, los interioriza y relaciona con otros.

Revisemos algunas recomendaciones metodológicas que definen al alumno como activo participe del proceso:

a. Lo más usual en clase es la exposición del maestro. En otras palabras, la llamada "clase magistral".

Pero exponer no es someter a un grupo al silencio sepulcral. No se trata de impedir interrupciones -actitud muy reiterativa de nuestros maestros- sino justamente lo contrario: motivar el diálogo, debate y reflexión sobre un problema propuesto.

Forjar dicha intencionalidad (interés por participar) es imposible si consideramos a la participación y al interés como "actitudes naturales" de un alumno.

No son naturales. Se originan en el contenido propuesto por el profesor, el mismo que debe ser elaborado y presentado guardando sintonía con las capacidades e intereses naturales de los educandos.

Lo meramente magistral tiene sus limitaciones justamente en la presentación poco llamativa y "fría" de contenidos que, obviamente, no dicen nada al alumno.

Iniciar una exposición que quiera demandar activa participación puede lograrse a través de "preguntas iniciales problematizadoras". Por ejemplo, para hablar de la geografía humana de la Argentina, la clase podrá arrancar con la siguiente cuestión: "Argentina es una potencia futbolística; ¿en qué otras áreas será una potencia?".

La mera pregunta o núcleo problematizador genera diálogo, ideas y reflexiones preliminares. El profesor debe recogerlas, organizarlas y dotarlas de información para fundamentarlas. La clase expositiva, por tanto, puede volverse

un ejercicio colectivo de “construcción” de un contenido.

b. Estamos acostumbrados a limitar las famosas actividades en clase a “grupos de trabajo” para resolver tal cuestión o contestar a un bloque de preguntas.

Definitivamente no hay límite para generar actividades dentro del aula. Lo importante es crear condiciones y hábitos de trabajo individual o grupal.

Más allá de cuestionarios, las Ciencias Sociales se prestan para generar actividades creativas. Por ejemplo: trabajar con dibujos, pintura, expresión corporal. El solo ejercicio de imaginar relaciones entre una figura o un color con un hecho histórico es ya una aproximación interpretativa. El rol del docente, en este caso, es potencializar las reflexiones que un alumno hace para escoger un color que represente tal situación.

Para chicos que inician su adolescencia, el trabajo en clase debe combinar tanto ejercicios cognoscitivos como creativos. Un contenido puede reforzarse con actividades de imaginación como “escribir una historia en la cual Atahualpa triunfa frente a los españoles”. Para poder imaginarla, los alumnos deben conocer lo real -el hecho- a fin de poder elaborar una propuesta irreal.

Y como lo dijimos antes, el solo hecho de imaginar es ya un momento inicial de interpretación y, fundamentalmente de internalización de un contenido.

En conclusión, se trata de generar espacios que promuevan la reflexión a partir de los propios intereses del alumno y no de situaciones “frías” y con pretensiones intelectualizantes.

c. Es posible imaginar la enseñanza de las Ciencias Sociales divorciada de la lectura. Tan posible que ocurre todos los días.

Si la pretensión es potencializar un aprendizaje dinámico de la Historia, que promueva la reflexión lógica y la curiosidad investigativa, no es posible enseñar en clase sin el apoyo de textos.

Si bien esto conlleva a una constatación más general sobre la escasa o nula motivación que el sistema educativo otorga a la práctica de la lectura, no es menos cierto la posibilidad de desarrollar hábitos de lectura si es que ésta es planteada como fundamento de una asignatura.

Hay ciertamente muchos factores que están alrededor de este tema. Por ejemplo, la carencia de libros didácticamente sólidos (los que hay, presentan tratamientos hartamente complejos para alumnos de ciclo básico). Sobre los textos, qué decir, la gran mayoría de ellos son aberrantes.

La vía, por tanto, está en la selección o creación de material de lectura.

Elaborar textos no es sinónimo de escribir libros. Una lectura de dos o tres hojas, por ejemplo, puede ser una excelente entrada para abordar un contenido en clase.

Más que un cúmulo de información, interesa plantear un problema y su contexto. Por ejemplo: ¿Por qué en las montañas hace más frío a pesar de estar más cerca del sol?. El mero título interrogador y sugestivo atrae la curiosidad

del alumno.

Si a esto adjuntamos formatos poco convencionales como un diálogo o una corta anécdota, estaríamos abonando en favor del interés del adolescente. Qué poco motivador es entregar un fotocopiado titulado "El Clima en las montañas" y con bloques interminables de información!

Podría, inclusive, completarse un texto tanto con preguntas suscitadoras como con fragmentos literarios ("Viaje al Centro de la Tierra", por ejemplo).

Si concebimos a la lectura y lo que ésta trae consigo como elementos indispensables para el aprendizaje de las Ciencias Sociales, estamos promoviendo en el estudiante el manejo de una herramienta básica para la comprensión de los procesos sociales: la capacidad de abstracción.

No se trata, por tanto, de abandonar al alumno frente a un texto de Historia o Geografía Humana. El maestro debe acompañar al alumno durante el proceso de lectura porque lo que viene después de ésta es lo decisivo y como tal, requiere plena comprensión.

d. Veamos, finalmente, otro recurso para el trabajo en clase: los proyectos libres.

Tras la finalización de una unidad temática, casi siempre se opta por una prueba. Y no está mal: las pruebas -bien estructuradas, por supuesto- son necesarias.

Sin embargo, podemos optar o complementar la evaluación, planteando el desarrollo de proyectos libres. Se trata de motivar a los alumnos la utilización de algún medio creativo (teatro, mimo, títeres, collage, radio, etc.) y a través de éste intentar una interpretación global del contenido tratado en una unidad temática.

Por ejemplo: sobre la geografía de un continente puede realizarse un documental radial; sobre la historia de los negros en el continente americano, dramatizaciones a partir de textos seleccionados.

Lo importante es promover la reflexión e interpretación a partir de la creación. Un riesgo podría consistir en la mera acumulación de información presentada a través de alguno de los medios citados.

Ciertamente hay una multiplicidad de temas e ideas que tienen estrecha relación con lo tratado. Por ejemplo, los deberes que se generan en el aula, el uso de recursos como los mapas, la función de la biblioteca para la clase, etc. La discusión sobre la didáctica de las Ciencias Sociales, como de cualquier otra asignatura, es inagotable.

La pretensión de este trabajo ha sido llegar a lo concreto. Y para esto, se seleccionó un ámbito específico: sugerencias para la enseñanza de las Ciencias Sociales en ciclo básico, en el espacio de la clase cotidiana. Si bien, no ha sido fácil "bajar a lo concreto", el ejercicio de vincular lo teórico-propositivo con las posibilidades reales de ejecución, constituye, hoy por hoy, un tema por demás importante, de cara al mejoramiento de la calidad de nuestra educación.